



SQUIER, EL VIAJERO Y EL EXPLORADOR

JAIME INCER BARQUERO

VARIAS SON LAS FACETAS de la residencia de Ephraim G. Squier en Nicaragua, pero ninguna fue tan rica en observaciones y explicada con tanta sencillez científica, no desprovista de elegancia, como la colorida descripción de sus numerosas excursiones por el país, en su condición de incansable viajero y perspicaz explorador de mediados del siglo XIX.

Resulta verdaderamente sorprendente el nivel de ilustración con que este autor comenta sobre todo lo que encontró a su paso, por demás itinerante, y que le resultó tan novedoso como lleno de interés, ya que era la primera vez que viajaba por una tierra tropical, sin el auxilio de mapas confiables, o de referencias previas, que anticiparan a Squier las características y condiciones que encontraría, más allá de lo que podía percibir un simple visitante de paso por aquella tierra, con las incomodidades y limitaciones de la época.

Fue en aquella ocasión cuando por primera vez este joven inteligente, con veintiocho años apenas cumplidos y dotado de un acucioso sentido de observación, recorría en bote, a caballo, o simplemente a pie, un país tropical de cálidas aguas y de ardientes volcanes, continuamente revestido con el esplendor de una vegetación exuberante que crecía bajo un clima equinoccial.

En efecto, nada parecía escapar de la insaciable curiosidad de este notable viajero durante el tiempo en que estuvo en Nicaragua: las formas vegetales, las manifestaciones volcánicas, la fauna exótica, los restos precolombinos, etc., sin ser Squier un geógrafo o un naturalista consagrado al estilo de Humboldt, y cuya misión diplomática como Encargado de Negocios entre 1849 y 1850, no le permitió, en el breve lapso del año que duró su misión oficial en Nicaragua, dedicarse a mayores exploraciones e investigaciones, aún menos durante su tránsito rápido por el país, entre marzo y abril de 1853, oportunidad que lo llevó esta vez a escalar el volcán Mombacho.

Era aquel recorrido un trecho no mayor de 300 millas lineales, que medían entre la desembocadura del río San Juan en el mar Caribe y las intrincadas marismas del Estero Real, que vierte sus aguas en el golfo de Fonseca, en el otro extremo del país. A lo largo de ese trayecto se sucedían tantos y tan atractivos panoramas, incluyendo los dos espléndidos lagos, en ese entonces de immaculados espejos.

La descripción elegante, sin deformar ni exagerar la narración, fue siempre el estilo en los escritos de Squier, manifestada desde el primer momento en que a bordo del vapor avistó la costa de Nicaragua y luego, repetidamente, una vez que viajara por el interior del país:

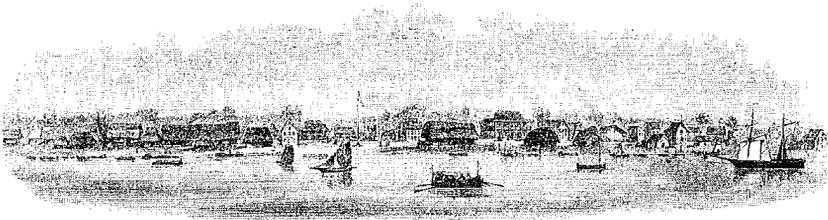
...con nuestros catalejos pudimos ver una costa larga y baja cubierta del más tupido verdor, con pringues de gallardos cocoteros destacándose sobre el resto de la selva y dándole al mismo tiempo su inconfundible brochazo tropical. Véase todo en relieve contra un fondo de altas colinas sobre las

que la bruma gris colgaba todavía como un velo... Un recio aguacero interrumpió estas observaciones y trajo consigo un viento piadoso que infló las velas acercándonos al puerto. Y aunque caía un mundo de agua, no nos arredraba la remojada que nos estaba costando el vano empeño de querer arponar alguno de los muchos delfines que pirueteaban por las amuras.

Ningún lugar era más apropiado que San Juan del Norte, o *Greytown* como entonces lo llamaban los ingleses que se habían posesionado del puerto, para dar una cálida bienvenida tropical a los viajeros. Era la entrada a Nicaragua, donde desembocaba el río San Juan, que en aquel tiempo conservaba el récord de ser el lugar más lluvioso y selvático en todo el continente americano.

El pueblo, habitado por unas trescientas personas, mestizos y creoles principalmente, consistía en medio centenar de casitas de madera y techo pajizo, levantadas sobre zancos debido a la perenne humedad del terreno, arrimadas a la orilla de la laguna costera, o *Greytown Harbor*, donde entonces podían fondear vapores de cierto calado. La calle principal llevaba el pomposo nombre de *King Street*.

Inmediatamente detrás del pueblo acechaba una selva densa de oscuro verdor, en donde se escondían sahinos, volaban las pas de brillante plumaje y “las culebras tropicales se enroscan en sinfonía de colores en las ramas de árboles extraños cargados de flores y preñados de gomas aromáticas.”



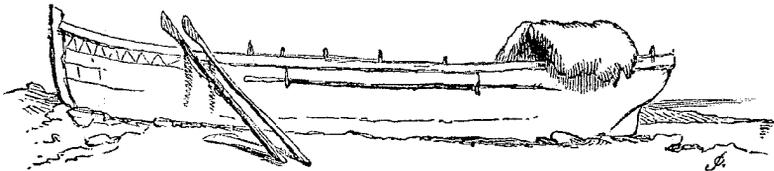
San Juan del Norte o *Greytown*.

En la laguna se explayaba el río San Juan siguiendo varios ramales que forman un delta, si bien el caudal principal se desviaba por el brazo del Colorado, ya desde entonces, rumbo al litoral de la vecina Costa Rica. El delta estaba sembrado de carrizos, yolillos y gamalotes, entre los cuales pastaban los corpulentos manatíes. Algunos islotes arenosos sobresalían en medio de la corriente, donde desovaban los lagartos durante el verano.

Squier remontó el río acomodado con su sirviente Ben y los cofres en un largo pero incómodo bote, llamado *bongo* por los nativos. La travesía de seis días y doscientos kilómetros aguas arriba no arredró su ánimo de viajero; antes bien, admiró la fortaleza y destreza de los remeros de torso desnudo curtido por muchos días de sol y lluvia, elementos que en el río se presentan dos o tres veces en el transcurso de un mismo día, mojando y secando en forma alternada a los pasajeros.

Cada vuelta del río revelaba su encanto al sorprendido viajero, que por primera vez se internaba por las entrañas selváticas de un país tropical, rodeadas de interminable verdor, que rivalizaban en exuberancia y belleza con aquellas que encontró el sabio Humboldt medio siglo antes, cuando ascendió por el curso superior del Orinoco.

“Jamás me cansé de admirar —escribió Squier al respecto— las masas de tupido follaje que literalmente entoldan el río, y que, a la luz oblicua del sol, producen el mágico efecto de las sombras en el agua en que se recrea el pincel de los pintores.”



Bongo.

Transcurrieron cuatro días y sus noches navegando sobre los tablazos y remolinos del río, en medio de aquel paraíso donde a cada momento aparecían curiosas formas de vida vegetal y animal. Luego alcanzaron el lugar donde la corriente se estrecha y profundiza entre angostos cuellos oprimidos por los cerros que se alzan a ambos lados de la ribera, aguas arriba del afluente llamado San Carlos. Este tributario arrastra hacia el San Juan, al igual que el llamado Sarapiquí, las arenas que arrojan los volcanes de Costa Rica, responsables de la continua sedimentación que el río experimenta en las partes bajas del delta.



Boca del San Carlos, en el río San Juan.

A continuación se presentaron los rápidos, comenzando con el más tendido: el raudal de Machuca, así llamado desde que este conquistador español, enviado por su compañero de aventura, Alonso Calero, fue el primero en bajar por el río en busca de la salida del *Desaguadero* en el año de 1539.

En la época de Squier todavía habitaban por esos raudales los selváticos y escurridizos indios Melchora, de la misma raza que los exploradores españoles encontraron y capturaron pescando sábalos reales en la boca del afluente, que por esa razón se sigue llamando río Sábalos. En esta ocasión, un viejo y un muchacho se acercaron al bongo para trocar el pescado por plátanos, pero huyeron temerosos cuando descubrieron las armas de fuego que portaban los viajeros, sin que Squier lograra captar algunos vocablos de los indios, sin lugar a dudas el mismo idioma que hoy hablan los viejos indios Ramas.

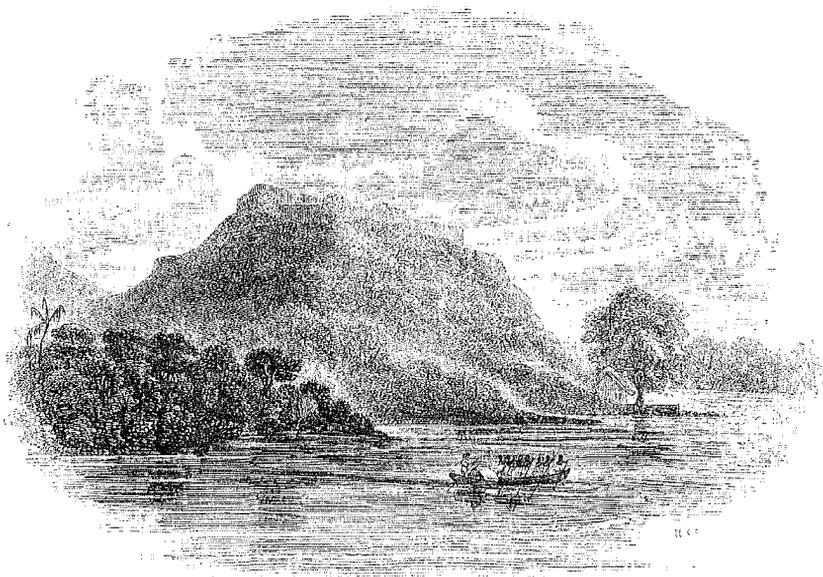
Otro de los grupos indígenas remanentes eran los Guatusos que habitaban el río Frío, afluente costarricense que desemboca en el propio lugar donde inicia su curso el río San Juan. No obstante ser navegable por cierto trecho, el río Frío era poco visitado por existir en sus riberas indios salvajes y feroces que daban batalla a quienes intentaban entrar a sus dominios.

En la mañana del quinto día de navegación llegaron los viajeros al raudal del Castillo, que yace al pie de la colina donde los españoles erigieron en 1675 la antigua fortaleza, con el objeto de detener el avance de los piratas rumbo al lago de Nicaragua. La fortaleza fue un obstáculo para aquellos aventureros, pero no para los invasores ingleses que un siglo después la sitiaron y capturaron, lucha donde tuvo destacada actuación el comandante español don Juan de Ayssa, así como el entonces novel alférez inglés Horace Nelson, futuro héroe de Trafalgar.

Mientras los bongos aligerados de carga se entretenían remontando el raudal, los viajeros fueron llevados a cuestras sobre los hombros de los marineros hasta la orilla del río, evadiendo así el peligroso paso, oportunidad que Squier aprovechó para visitar la vieja fortaleza y examinar minuciosamente su interior. A propósito de esta visita, Squier narra la historia de la resistencia y capitulación del fuerte, enterado como estaba, tanto de la versión inglesa como de la española, sobre los eventos ocurridos en aquella circunstancia, que concluyó poco después con la desocupación de la fortaleza y abandono del río por parte de

los invasores, que fueron dramáticamente diezmados por las enfermedades tropicales.

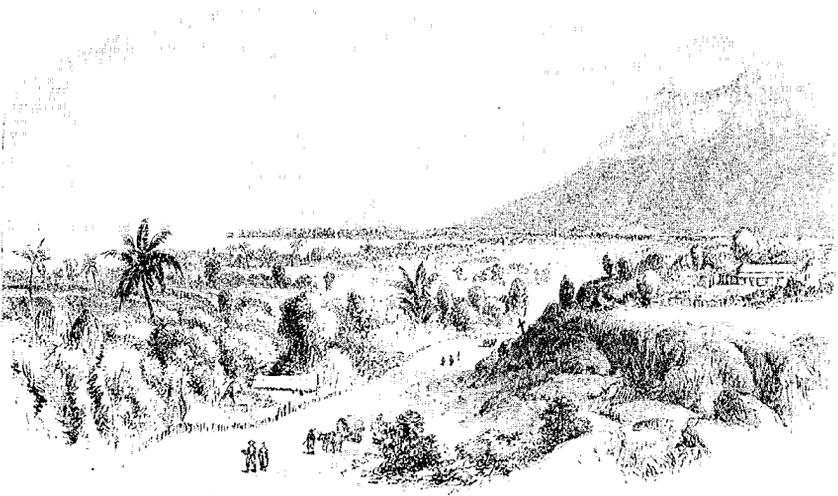
Al acercarse al inicio del río las riberas aparecían bajas, pantanosas, cubiertas de palmas, con vegetación de bajo porte y pobladas por bandadas de aves acuáticas. Pronto los viajeros desembarcaron en San Carlos ansiosos por contemplar la grandiosidad del Cocibolca.



Fuerte de El Castillo.

El vasto lago se dilata como un espejo enfrente; en sus márgenes opuestas se ven coronados de nubes los conos volcánicos del Orosí, Madeira y Ometepe, difusos y azulados en la lejanía. Más cerca están las bellas islas de La Boquita, [Solentiname], doradas bajo el sol del trópico, mientras que en primer plano las orillas esmeraldas abren sus brazos por ambos lados, como un marco digno de tan maravilloso panorama.

También el puerto lacustre de San Carlos era un modesto villorrio, compuesto de unas veinte casas de tablas o cañas. En lo alto de una colina se encontraban las ruinas de un pequeño fuerte dotado de herrumbrosos cañones y algunas piezas de artillería abandonadas a la intemperie. Unos pocos soldados de arcabuz estaban acantonados en el lugar, que con algunos oficiales de aduana completaban la corta lista de las autoridades a cargo del puerto.



Lago de Nicaragua y volcán Mombacho desde la hacienda de Sandoval.

Al atardecer y con la brisa lacustre zarpó nuevamente el bongo, esta vez ataviado con una vela que pendía de un improvisado mástil. Una última mirada al puertecito y a su estratégica posición hizo declarar a Squier:

La vista de San Carlos desde el lago es sumamente pintoresca y la ilustración del puerto, incluida en este libro, será objeto de curiosidad de aquí a veinte años cuando se haya convertido —como inevitablemente habrá de ser— en una grande e importante ciudad.

A siglo y medio de aquel comentario las expectativas de San Carlos siguen siendo un sueño.

A medianoche se desató un chubasco en medio lago; en el cielo circulaban relámpagos y truenos, mientras el alborotado viento impulsaba la vela del bongo a contragolpe y de manera peligrosa, tanta que fue necesario cortar las amarras, pero al amanecer la tormenta cedió mientras el canto de los gallos anunciaba la proximidad del apacible y pintoresco puerto de San Miguelito.

La navegación lacustre continuó paralela a la costa de Chontales, advirtiéndole Squier que de ese lado las aguas eran más tranquilas y el viento más sereno, situación reconocida y aprovechada por los mismos bongoleros. Luego de costear hasta alcanzar la punta de Pedernal, donde se iniciaban colinas de verde pastos y fincas de ganado, los viajeros se internaron en el lago en medio del cual pernoctaron. Al amanecer del siguiente día tenían de frente a los dos picos de Ometepe; la combada silueta de la isla de Zapatera y el perfil recortado del volcán Mombacho se columbraban en lontananza.

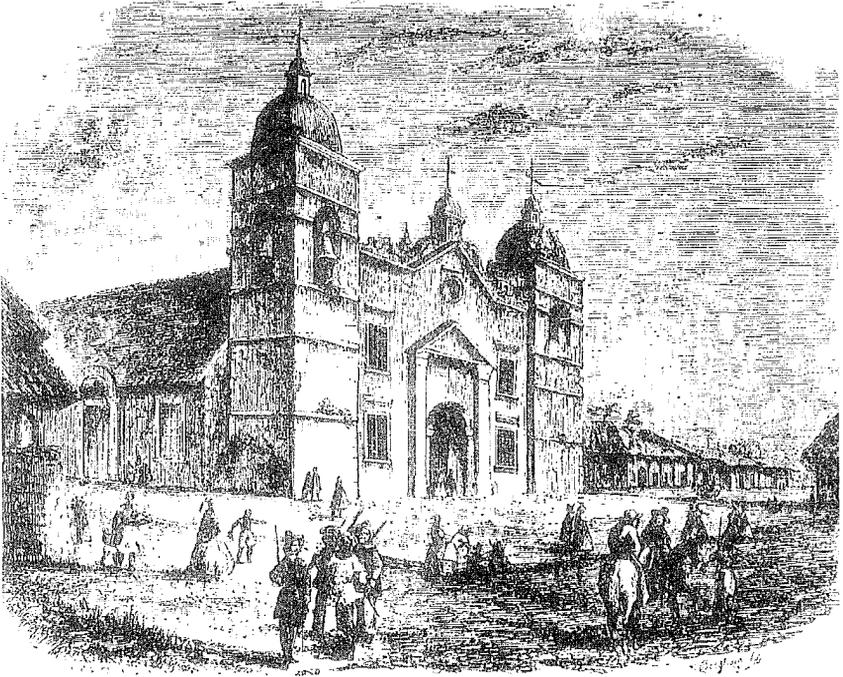
Al comienzo de la tarde, pasaron por el archipiélago de *Los Corrales*, (las Isletas de Granada), “un regalo a la vista” según expresión de Squier quien advirtió el carácter volcánico de las rocas forjadas antiguamente en las fraguas internas del planeta. Al caer la tarde, desembarcaron en la playa de Granada.

“La ubicación de Granada —comenta Squier— fue escogida con admirable acierto. Ocupa una pequeña altura cuyo suave declive desciende hacia el lago, el que forma una linda y parcialmente resguardada bahía. Hacia un lado dormita el extinto volcán Mombacho y detrás de éste se elevan los ondulantes montes y cerros que separan el lago del Océano Pacífico.” En ese tiempo la población de Granada, según la estimaba Squier, era entre doce y quince mil habitantes.

Luego de subir por la empedrada Calzada llegaron los viajeros al centro de la ciudad, con sus casas de adobe, cimientos de piedra y techos entejados, dotadas de aleros y aceras. Las ventanas

estaban adornadas con un balcón enrejado de hierro forjado, con celosías por dentro a manera de persianas pintadas. La entrada principal era el zaguán con una gran puerta hermosa y molduras laboriosamente labradas. Este conducía a un patio adornado con flores y árboles frutales, al que circundaba un corredor interno que a su vez daba acceso a la sala y varios aposentos.

Algunos entre los viajeros de aquella época describieron la ciudad, su arquitectura, sus barrios y su gente, así que la dejaremos en paz para gozar a galope con Squier de los panoramas que rodeaban a la vetusta población y detenernos en la hacienda del ex-jefe de Estado don José León Sandoval, cargo al que renunció "para ser mejor un agricultor antes que un mal estadista," según



Antigua parroquia de Granada.

sus propias palabras. La casa hacienda estaba construida sobre una colina que dominaba la ciudad, el volcán y el lago, ofreciendo una visión espectacular, sin desmedro de las plantaciones de cacao, añil y maíz que su dueño atendía con esmerado cuidado.

La excursión terminó a la puesta del sol en la animada playa de Granada, junto al fuertecito, donde se congregaban jinetes, bañistas, aguadoras, pescadores y marineros en alegre promiscuidad, salvo cuando las campanas de la parroquia llamaron al momento de la oración y la vocinglería calló para musitar reverentes y al unísono el “Ave María Purísima.”

Otra de las visitas que Squier realizó por los alrededores, fue una cabalgata rumbo a la laguna de Apoyo, entonces llamada Diríá, cuyo borde oriental se encuentra apenas a cuatro millas de la ciudad. La laguna tiene la característica de ser más profunda que el mismo lago de Nicaragua y sus aguas son salobres. Acompañado por jinetes y guías granadinos el diplomático bajó por las laderas de aquella caldera, a la que reconoció como de origen volcánico, siguiendo por un angosto y empinado sendero, hasta alcanzar la orilla del agua que se mostraba clara y transparente aunque de color sulfúreo.

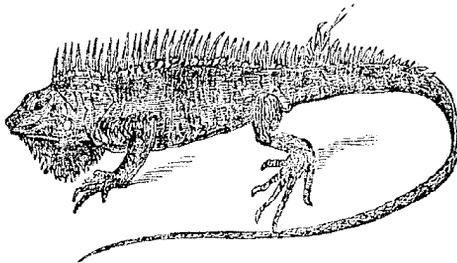
¡Es que se hundió repentinamente aquí la tierra en algún tremendo cataclismo? se preguntaba Squier, sin tener la respuesta sobre el origen de tan gigantesco cráter —que hoy sabemos fue el resultado de una tremenda explosión volcánica ocurrida hace 220 siglos— para terminar concluyendo “mucho acrecentó nuestro asombro la sensación, entre curiosidad y pavor, que todo el mundo experimenta al contemplar por vez primera los espantosos efectos de los paroxismos volcánicos.”

Otra de las lagunas visitadas posteriormente por Squier fue la de Masaya, de la cual tenía ya referencias por las crónicas del siglo xvi escritas por Gonzalo Fernández de Oviedo. A pesar de los 320 años transcurridos desde entonces, todavía bajaban y subían las “aguadoras” con sus cántaros, salvando el precipicio o farallón rocoso que circunda la laguna, la cual yace al fondo de otra caldera volcánica. Aquel laborioso esfuerzo, resultado de

una necesidad cotidiana, había adquirido el rango de tradición aborigen entre los Chorotegas de aquella provincia y aún continuaba vigente varios siglos después. Así como la audacia y pericia de las aguadoras, al trepar por aquellos precipicios bajo el peso de los cántaros, asombró y asustó a Oviedo, no dejó de causar impresión en Squier, quien también aceptó el reto y el riesgo de bajar por aquel espinado sendero hasta alcanzar la superficie de la laguna y comprobar la intención de una de las náyades nativas que se sumergió en las aguas para resurgir al rato y probar al visitante que la laguna “era insondable.”

Al salir de Granada, cabalgó Squier junto con su comitiva rumbo a Masaya, siguiendo el entonces llamado “camino de Las Lomas,” atravesando las cañadas que bajan de las laderas de Apoyo, desde una de cuyas aristas pudo contemplar claramente ambos lagos y comprobar su conexión por el río Tipitapa, que circulaba en medio de una extensa planicie, “un ubérrimo mar de cúpulas vegetales,” únicamente limitada al fondo por las “serranías de Matagalpa,” (actual Meseta de Estrada).

El camino era hoscoso, rodeado de gigantescos árboles donde pirueteaban los monos y atisbaban pájaros de plumajes coloridos, siendo también frecuente observar los venados asustados por el paso de los caminantes. “Lo extraño, la excitación y la belleza de todo aquello sumía mi espíritu en ese deleite salvaje que sólo sienten los beduinos o los indios nómadas en sus dilatadas praderas; fue una hora de solaz que bien valía la pena diez



Iguana.

años de vida insustancial,” fue el comentario de Squier cuando viajaba por el campo nicaragüense entre el frondoso bosque y con tan rica variedad de formas animales, hoy desaparecidos.

A medida que los viajeros se acercaban a Masaya fueron apareciendo las milpas y otras parcelas cultivadas. Los senderos se ramificaban en todas las direcciones, transitados por indígenas con sus alforjas repletas de mazorcas, frutas y verduras, mientras otros cargaban petates, sombreros de palma, hamacas y diversas manufacturas para venderlas en el mercado local. Los habitantes de Masaya, población que entonces tenía entre 15 y 18 mil habitantes, gozaban de la fama de ser los más industriosos del país; en las tiendas se vendían artículos importados, al igual que gran cantidad de jaleas, dulces y muchos artículos manuales de uso corriente en Nicaragua.

En el centro de la Plaza Mayor se levantaba la iglesia parroquial, descrita como “un corpulento edificio rectangular de muy hermosa fachada y torre y bastante más grande que cualquiera de las iglesias de Granada.” Junto a la pared trasera estaba un taburete, donde pocos días antes había sido fusilado un delincuente de la ciudad, el cual “fue juzgado a la una, condenado a las dos, ejecutado a las tres y sepultado a las cuatro,” en forma sumaria, ya que ciertos delitos criminales no admitían mayor apelación ni posposición de la sentencia.

El pueblo de Nindirí cautivó a Squier por su belleza rústica y laboriosidad de los habitantes, que parecían vivir en la helénica Arcadia, llenos de paz y candor: “De todos los encantadores paisajes de serena belleza en que el ojo del viajero se ha extasiado, o que la fantasía ha pintado con su lápiz irisado, ninguno puede igualarse a ti, lindísimo Nindirí.”

El viaje continuó, llegando los viajeros a la vista del volcán Masaya, precedido por un extenso campo de lava negra solidificada, “un mar de tinta petrificada,” como lo llamó Squier, quien desmontó para caminar entre las ásperas escorias que como filosas navajas rayaban las botas, no sin dejar de descubrir, entre otras curiosidades, antiguos troncos de árboles calcina-

dos, arropados por el abrazo ardiente de antiguas lavas.

A diferencia de su primera visita al lugar, cuatro años antes, el volcán lucía ahora un penacho de humo negro, producto de la erupción de un cráter recién formado —el Santiago— cuya existencia no pudo reconocer esta vez por impedirlo aquel páramo de crujiente e hiriente superficie, o “mal país,” que se interponía entre el camino y la cumbre humicante. No obstante la vista del volcán o el “Infierno del Masaya,” como lo llamaron los crédulos frailes de la conquista, hizo a Squier recordar y transcribir literalmente el relato del cronista Fernández de Oviedo, quien el 1529 escaló la montaña, dibujando su perfil y cráter, tratándose del primer volcán en actividad descubierto y descrito por los conquistadores en el Nuevo Mundo.

El camino entre Masaya y Managua surcaba en medio de una campiña medio salvaje, cubierta de espesa vegetación, donde era frecuente ver a los monos congos desplazándose entre el bosque. Así era entonces de exuberante y húmeda la región del Pacífico.

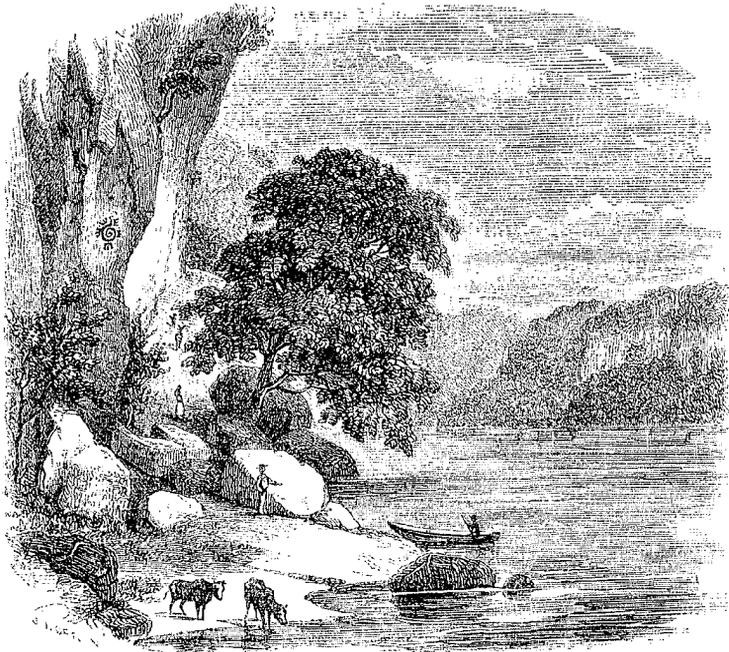
Al caer la noche, los viajeros arribaron a Managua, recién erigida en capital de Nicaragua, que a la sazón contaba con unos diez o doce mil habitantes. “Sólo recuerdo —escribe el autor— larguísimas calles con ranchos y casas bajas, una gran iglesia con un blanco portón espectral en el frente y una espaciosa plaza flanqueada por dos o tres edificios de dos pisos, más otra iglesia grande en el centro.” Sin embargo la lúgubre primera impresión de la ciudad se tornó en admiración en la mañana del día siguiente cuando los viajeros contemplaron de cerca el lago Xolotlán:

Era una esplendente mañana y el lago de Managua espejeaba ante nosotros cuando cruzamos la plaza principal. La ribera opuesta se veía tras una transparencia azulada, pero sus perfiles eran irregulares y altos [Güisil], al paso que más cerca una serranía [Chiltepe], o más bien una línea punteada de espigones volcánicos, entraba valiente-

mente en el lago para formar una como bahía [Miraflores], en cuyo centro se asienta Managua.

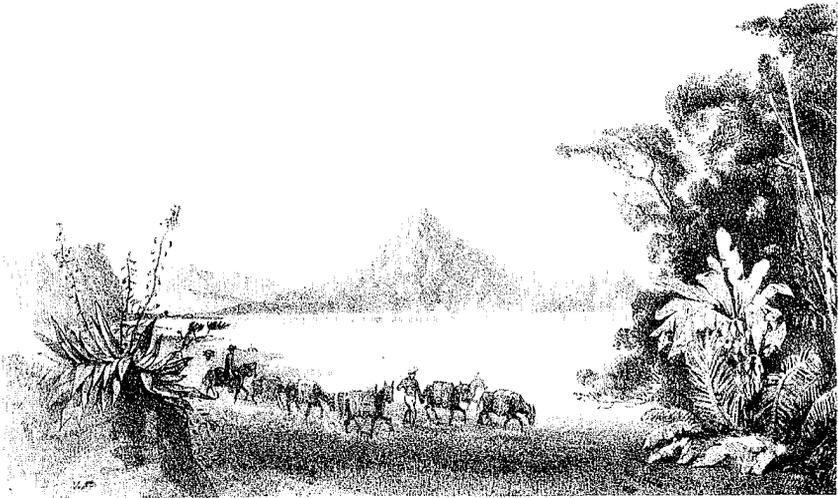
En el lago se pescaba gran cantidad de pequeñas sardinas (*Melaniris*) que fritas en la sartén, se transformaban “en un plato delicioso muy conocido en Centro América.”

En posterior ocasión Squier volvió a pasar por Managua, e interesado por descubrir vestigios indígenas realizó una excursión a la laguna de Asososca, donde encontró, pintado en uno de los farallones pétreos que circundan al antiguo cráter, la figura de la serpiente emplumada, representación de Quetzalcóatl, la venerada deidad de los antiguos toltecas, mayas y aztecas, cuya fama y culto se habían extendido hasta Nicaragua. “No cabe



Laguna de Asososca y petroglifo de Quetzalcóatl en el farallón.

duda que los indios de la antigüedad —comentó Squier al respecto— tenían en gran veneración esta laguna, pues sus descendientes la ven todavía con temerosa superstición.”



Lago de Managua, Momotombo y Momotombito.

También en esta oportunidad, el viajero visitó la laguna de Tiscapa, que entonces se encontraba a una milla al sur de la ciudad, y era el lugar favorito de las lavanderas, que ejercían su cotidiano oficio a orillas del agua, bajo la fronda de grandes árboles. “El agua es fresca y límpida —escribe— y la laguna más parece una inmensa fuente en donde pudieran nacer ríos de agua clara, que un insondable estanque de origen volcánico.”

Durante su segundo viaje a Nicaragua, Squier volvió a pernoctar en Managua, pero esta vez la ciudad gozaba de cierta prosperidad, no necesariamente debida a su categoría como nueva capital de la nación. Aunque el Congreso de la República sesionaba en la ciudad, los empleados, oficiales y archivos del gobierno continuaban en León. El auge comercial de Managua culminó en aquel tiempo, por ser lugar de tránsito y hospedaje

de los muchos viajeros norteamericanos, que en tropel cruzaban por Nicaragua buscando el puerto de El Realejo —antes de surgir San Juan del Sur como tal— donde los esperaban vapores que los conducirían hacia la promisoría tierra de California, donde se había descubierto oro en abundancia.

No obstante su fugaz tránsito por Managua, el soltero de Squier no dejó de advertir y admirar la belleza de sus mujeres, a las que calificó como las más hermosas del país, a juzgar por la fuerte infusión de sangre blanca como por su mejor gusto, que no se complacían con imitar la moda europea, sino más bien lucían con orgullo sus *güipiles* nativos.

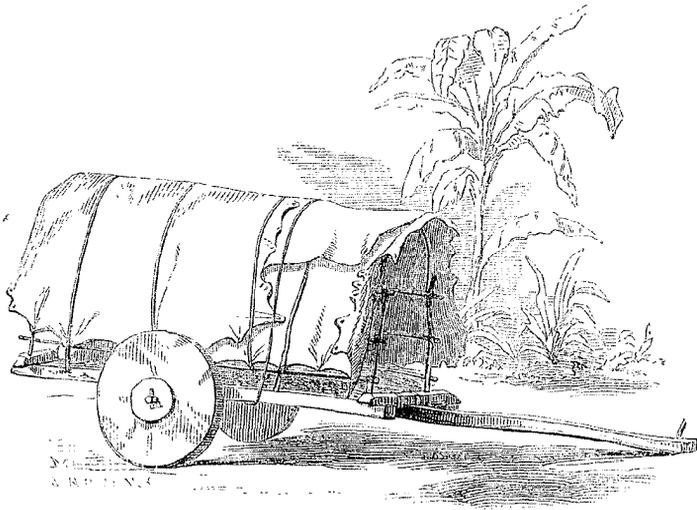
Los viajeros siguieron por el camino que va paralelo a la costa del lago. Luego de pasar por la villa de pescadores de Mateare, sestearon en un sitio escogido por los viajeros con tal propósito, al pie de una frondosa ceiba, cargada de iguanas, alborotadas loras y lapas de brillante plumaje. Reanudaron la cabalgata hasta tener de frente al hermoso volcán Momotombo: “Y aquí, por primera vez, apareció de cuerpo entero el altivo volcán, con la cónica isla de Momotombito al frente y los conos truncados del volcán Las Pilas al costado.”

Pocos meses después Squier, intentaría escalar la elevada cumbre del volcán, pero el ardiente sol meridiano y las candentes arenas que recubren las laderas rindieron el propósito como imposible de realizar. El impresionante paisaje vulcano-lacustre le hizo confesar lo siguiente: “geológica, geográfica y topográficamente no hay región más interesante que Nicaragua, ni otra que pueda compensar más ricamente las investigaciones del naturalista.”

Un poco más allá llegaron a un caño de aguas claras y limpias, (Zayulapa o El Boquerón), el primero que encontraron en el trayecto desde Granada, ya que en toda la llanura interpuesta que recorrieron los porosos suelos volcánicos infiltran rápidamente las aguas que caen sobre el territorio interlacustre. Lo sombreado del paraje y la presencia de una corriente hacían del lugar un reposo obligado para los viajeros y de descanso

para las carretas boyeras que traficaban entre León y Managua.

Otro lugar donde se congregaban viajeros, bestias y carretas era bajo la fronda del gigantesco árbol de Nagarote, atracción principal del pueblo siguiente donde arribaron y al cual se refiere Squier de esta manera: “El palo de Genísero medía siete pies en diámetro y la extensión de sus ramas alcanza ciento ochenta pies; pertenece a una variedad que siempre está adornado con hojas, y no hay viajero, tropa, o hatajo de mulas que pase por Nagarote y no se detenga a descansar bajo su sombra placentera; durante el verano, los muleros y carreteros acampan ahí, en vez de hacerlo en las posadas del pueblo infestadas con pulgas.”



Carreta.

En el camino a Pueblo Nuevo de San Nicolás, (hoy La Paz Centro), les sorprendió una inesperada tormenta; la lluvia caía tan espesa y el suelo se tornó tan resbaloso que soltaron las riendas de las cabalgaduras para que las bestias encontraran mejor el camino mientras caía la noche. Pernoctaron en aquel pueblo, donde las casas y los patios estaban cercados por vallas de espi-



Rancho cercado de cardones en Pueblo Nuevo, hoy La Paz Centro.

nosos cardones columnares. “Venturoso este país —comentó uno de los viajeros— en donde las cercas son de plantas vivas.”

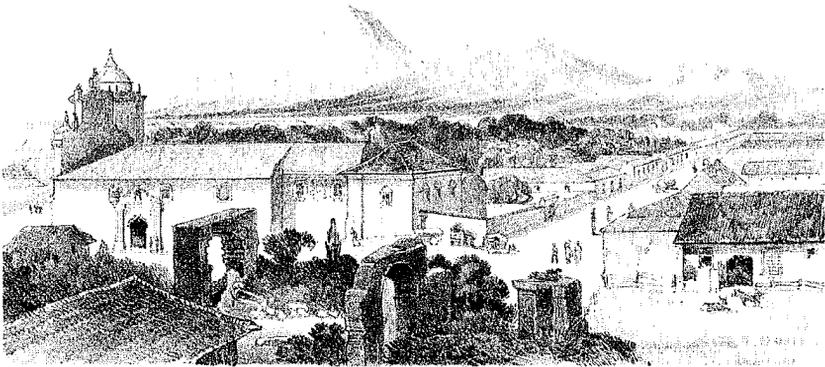
Reanudaron el viaje a la fresca de la siguiente mañana. Luego de atravesar una montañita, situada al pie del volcán Axusco (Asososca), surcada por bandadas de chocoyos en “gárrulo aquelarre,” y haber espantado a una manada de monos que atibaban entre los árboles el paso de los viajeros, llegaron al borde de una extensa planicie al pie de los volcanes, la cual se extendía en adelante hasta las rondas de León. El paisaje estaba cuadrículado por cultivos, pastos y arboledas, constituyendo el conjunto un panorama bucólico que extasió a Squier:

Era a comienzos del invierno y la vegetación cubría todo con renovada juventud y bríos. El polvo del verano no había logrado opacar el verde casi transparente de las hojas, ni el candente calor había marchitado las finas agujas del zacate, ni las puntas afiladas de las milpas que tapizaban los campos, ni tampoco los tiernos zarcillos de las parásitas que se abrazaban amorosamente a las ramas de los árboles, o que colgaban —coloreadas de vistosas flores— de su vástago fecundo. Sobre el paisaje ardía un sol violento, y la dilatada extensión parecía palpitar bajo sus rayos de fuego... Nunca antes había yo contemplado un panorama de tan grande y espléndida belleza.

Squier describe la ciudad de León, su ubicación geográfica e historia, revelando poseer una acuciosa información sobre las características del lugar y los antecedentes de la ciudad. Su planta urbana estaba simétricamente trazada con plazas y templos dentro de su perímetro, con calles empedradas. Las casas eran de adobe, algunas con más de una planta, largos corredores, pisos de barro, ventanas enrejadas y sin vidrio por donde se cuela siempre la refrescante brisa. Algunas poseen un espacioso patio sembrado de frutales, o con un pozo en el centro para extraer agua, así como un traspatio para mantener a los animales de servicio. Amplias y ventiladas por razones del clima, las habitaciones no estaban dotadas de aderezos arquitectónicos, salvo quizás el decorado zaguán o portal y los balcones que con sus enrejados se proyectaban hacia la calle para el flirteo de los enamorados.

La ciudad había sufrido de revueltas y asaltos, como resultado de las confrontaciones políticas y militares. Muchas casas estaban destruidas o abandonadas y hasta las azoteas de la gran catedral habían sido usadas como troneras para plantar cañones y descargar fusilería. Vista desde ellas, el ojo abarca toda la cadena volcánica de los Maribios, que no escapó del lápiz del dibujante que acompañaba a Squier. La catedral, que comenzó

a erigirse un siglo antes de la llegada del diplomático, era la expresión arquitectónica más notable de la ciudad y demandaba una visita obligada a todo forastero ilustre. Otros templos visitados fueron La Merced, La Recolectión, El Calvario, al igual que el Palacio Episcopal y el Colegio Tridentino de San Ramón, no sin faltar la antigua parroquia de Subtiava, a cuya comunidad indígena Squier pagó una visita.

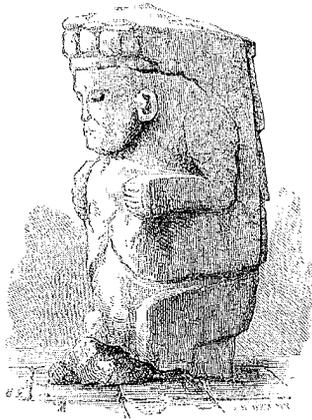


Vista de León desde la azotea de la Catedral.

Entre los más notables y curiosos personajes de León figuraba el padre Catín, que cedió su casa en alquiler para residencia de Squier. Coleccionaba y reparaba relojes, criaba venados, fabricaba rosarios, manipulaba la pólvora para los cohetes y bombas, pulía lentes y hasta construyó un telescopio para la Universidad de León, con alcance suficiente para observar los anillos de Saturno, pero por razones más terrenales y urgentes guardaba celosamente un chopo cargado de balas, con el cual ahuyentaba a los pretendientes que trataban de seducir a su agraciada sobrina.

Durante su estadía oficial en León la innata curiosidad de

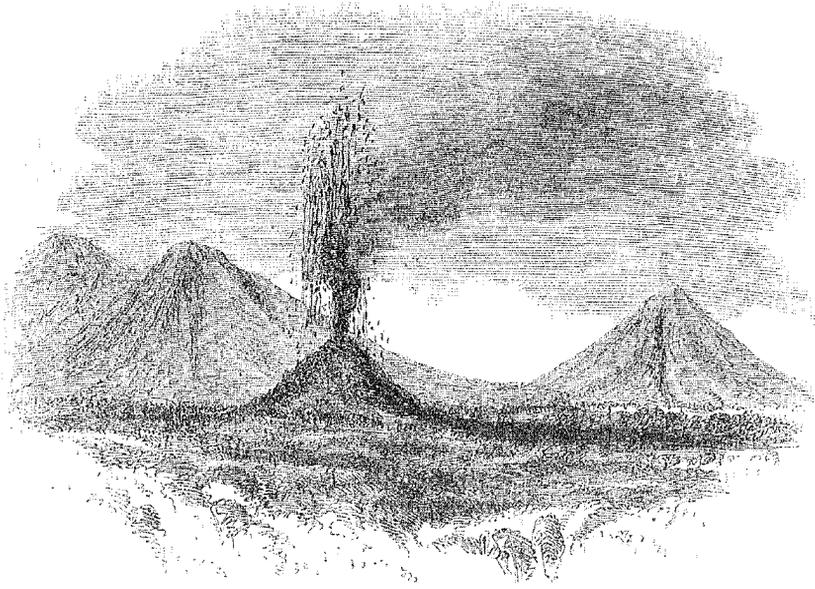
Squier lo impulsó a visitar el territorio vecino: los entonces llamados Baños del Obispo, las lomas de Acosasco, las playas de Poneloya, así como incursionar un poco más lejos, tratando de escalar sin éxito el desafiante y altivo cono del Momotombo. Los bosques al pie del volcán eran abundantes en fauna; los venados posaban con frecuencia al alcance de los rifleros y en la playa del lago Xolotlán inmediato se asoleaban enormes lagartos entre bandadas de aves acuáticas.



Ídolo en Momotombito.

Buscando vestigios precolombinos, Squier embarcó y arrió a la isla de Momotombito —*Cocobolo* en idioma aborigen— pequeño volcán de cumbre roma, medio sumergido en las aguas del lago, donde grandes masas de rocas acumuladas escondían serpientes cascabeles. El bosque virgen ocultaba antiguas estatuas hasta entonces fuera del escudriño científico. El explorador extrajo algunas estelas, como también lo hizo poco después en la isla Zapatera, algunas de las cuales hoy figuran en los museos de los Estados Unidos, después de haber sido embarcadas y transportadas por la larga ruta del estrecho de Magallanes.

La suerte le deparó a Squier ser testigo presencial del naci-



Nacimiento del Cerro Negro.

miento de un nuevo volcán, en la llanura de León, acontecimiento raro que tuvo lugar en 1850. Los primeros retumbos se escucharon en León, situado a unos 25 kilómetros al oeste del lugar del acontecimiento. Los ruidos, acompañados de temblores, se hicieron más fuertes y en la madrugada del 13 de abril se abrió un vórtice, vomitando fuego al pie del viejo y extinto volcán Las Pilas. Las piedras candentes lanzadas por aquella nueva boca plutónica se acumularon hasta formar un pequeño cono de 50 metros de altura, por donde bajaba una colada de ardiente lava, formando un alto camellón, que arrollaba árboles y todo lo que encontraba a su paso. Atraído por la curiosidad, venciendo la superstición y desoyendo los consejos de sus amigos leoneses, Squier visitó el lugar y hasta cometió la audacia de trepar por las laderas del volcán, hasta que la caída de rocas incandescentes lo convenció de lo temerario de su intento.

En aquella ocasión, el obispo de León fue invitado para rociar agua bendita sobre el infernal fenómeno, abatir la amenaza que se cernía sobre la ciudad y bautizar en santa paz al nuevo volcán, como era la costumbre desde tiempos de la conquista española; pero el volcancito se calmó y la ceremonia se pospuso. Squier bautizó al recién nacido como “Volcán de los Norteamericanos,” nombre que en realidad no perduró, ni fue óbice para que fuera después conocido como Cerro Negro, así llamado hasta nuestros días.

Al tema de los volcanes le dedicó un capítulo entero, reconociendo a la vez que los conos nicaragüenses eran parte de una sola hilera eruptiva que se extendía desde México hasta Costa Rica, sin contar las numerosas fuentes termales, que son también manifestaciones del vulcanismo, al igual que las fumarolas, donde los gases se desprenden formando volutas fantasmagóricas, que la gente supersticiosa del campo llamaba “baile de los demonios.”

El recuerdo de la terrible erupción del Cosigüina, acaecida quince años antes de la visita de Squier, estaba aún fresco en la memoria de los habitantes de los pueblos occidentales de Nicaragua, que la sufrieron, de suerte que el diplomático pudo recoger información veraz y pormenorizada de la cataclísmica erupción, que dejó al antiguo cono del volcán truncado hasta la mitad, tal como el mismo Squier lo dibujara cuando navegó sobre las aguas del golfo Fonseca.

Durante su segunda visita a Nicaragua, a su paso por Granada, Squier aprovechó la ocasión para escalar, a caballo y a pie, el Mombacho, admirando la exótica vegetación, la nebliselve que corona la cumbre del volcán y dedicando a esta nueva aventura muchas páginas de su detallada y colorida narración.

Otra de las excursiones emprendidas por Squier fue al occidente de León, con destino a la región de El Viejo.

En esa ocasión, el viajero tomó el camino de Quezalguaque, un sendero entonces abierto en medio del bosque donde fue sorprendido por la presencia, en plena tarde, de un jaguar, “el

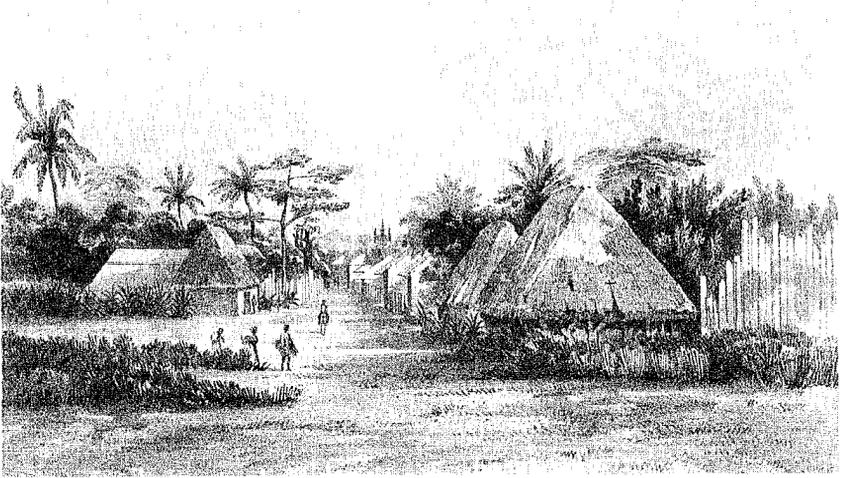
tigre” como lo llaman en Nicaragua. Aprovechó el inesperado encuentro para hacer una digresión en el relato, como él acostumbraba en sus escritos, al referirse a las ideas que en Nicaragua se propalaban sobre el temido felino, hoy totalmente extinguido en las tierras que bordean el Pacífico, y más en aquellas vecinas a León, donde fueron tumbados los árboles desde hace varias décadas por los plantadores de algodón y las antiguas masas de verdor yacen hoy convertidas en secas y polvorientas parcelas.

Los tigres abundan por todo el país y a menudo causan graves daños en las haciendas de ganado... Atacan sin vacilar a cuanto animal ven, de cualquier tamaño, que no pueda defenderse de ellos con ventaja. En mis cruzadas por aquellos rumbos vi en los montes varias vaquillas grandes a las que no sólo habían matado sino que arrastrado por trechos considerables.... Los campistas, dueños de gran acopio de anécdotas tigreras, suelen mostrar espantosas cicatrices en abono de su hazaña. Cuentan asimismo, lances en que el tigre ha sido muerto en encuentro con los toros. En Honduras, por ejemplo, me enseñaron uno de éstos, héroe de muchas batallas, vencedor en todas y con tres muertes en sus laureados cuernos. Mucho respeto me inspiró este campeón y pensé que debió otorgársele el honorífico título de “Gran Defensor de la Vacada.”

Aficionado a relatar la vida salvaje que entonces abundaba por doquier en el país, también se refirió al puma o “león,” al coyote, a la iguana y a otras especies representativas de la fauna nacional, no sin dejar de apuntar las creencias, experiencias y supersticiones que los nicaragüenses tenían de ellas en aquel entonces.

En su ruta pasó por Chichigalpa, a la que describe como un antiguo asentamiento indígena, con calles bien trazadas, limpias, que a la sazón contaba con unos cinco mil habitantes y donde los viejos sentados en las puertas de sus casas parecían

esperar taciturnos el embate de una tormenta que se avecinaba y atisbaba detrás de los volcanes. En tiempos de los indios Maribios, que habitaban por estas latitudes, se acostumbraba despellejar a los más ancianos de la tribu para ofrendar y propiciar al dios Xipe Totec con las arrugadas pieles ensangrentadas. No sin razón los conquistadores españoles llamaron a esta provincia “los Desollados.”



Chichigalpa.

La fuerte lluvia, abundante en truenos y rayos, como son las tormentas chinandeganas, obligó a los viajeros a refugiarse en la casa-hacienda de San Antonio, que desde entonces gozaba la fama de ser una de las mejores fincas productoras de caña de azúcar en Nicaragua. Al respecto nos ilustra Squier:

La de San Antonio, pude observar a primera vista, era mejor que cualquiera de las casa-haciendas que había visto hasta entonces. No sólo está bien construida, sino que sus habitaciones hállanse convenientemente dispuestas y, además, pintadas por dentro. La edificó un Mr. Bridge, in-

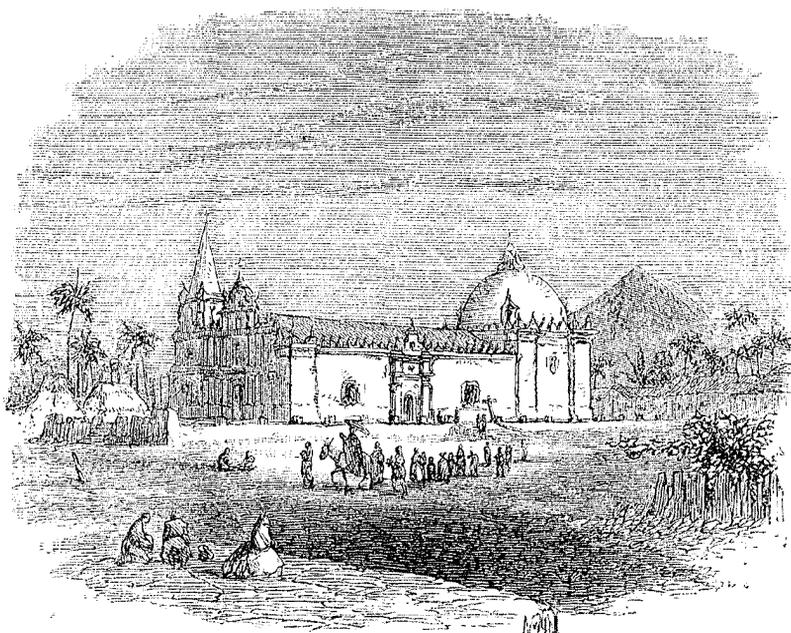
glés, quien estableció allí una de las mejores refinerías de azúcar... donde se las ingenió para amasar una considerable fortuna.

El tal empresario era tan poderoso que, no obstante haberse casado con una hija del país, mantenía en la bahía de El Realejo un barco de guerra inglés, para apoyar por la fuerza todo reclamo, que él o sus compatriotas juzgasen ventajoso hacer, en contra del gobierno, según lo declara Squier.

La siguiente localidad visitada por los viajeros fue Chinandega, considerada por Squier como la ciudad más floreciente del Estado y la única cuya población había aumentado desde la época de la Independencia. Su posición cercana al puerto de El Realejo le había conferido cierto auge comercial y sus habitantes, unos 15 ó 16 mil, tenían la fama de ser los más industriosos y prósperos del país. La ciudad contaba con varias manzanas, cuadriculadas por largas y anchas calles. En sus orillas existían patios con ranchos, pero en el centro las calles eran empedradas, con casas de adobe y teja rodeando la plaza central.

Aunque había caído la noche, los viajeros espuelearon sus bestias para alcanzar el vecino poblado de El Viejo, donde fueron huéspedes de la familia Venerio que tenía una hermosa casa en la plaza del pueblo, la cual estaba adornada con un mobiliario que no desdecía de los salones neoyorkinos. El pueblo no tenía mucho atractivo, salvo su antiguo templo circundado por un alto atrio, donde se levantaban arcos que le daban cierta elegancia a la fachada arquitectónica. Squier falló en visitar el templo donde hasta la fecha se venera la Virgen del Trono, de interesante historia, objeto de romerías devotas que proceden de todas partes del país, así como de las repúblicas vecinas.

La finca de los Venerio, distante una legua de la población, se encontraba en pródiga tierra, donde un vez se cultivó el *jique-lite* para extraer añil en los entonces llamados "obrajes." Después el cultivo fue suplantado por plantaciones de caña de azúcar, donde los trapiches rechinaban durante las zafras de tres cose-

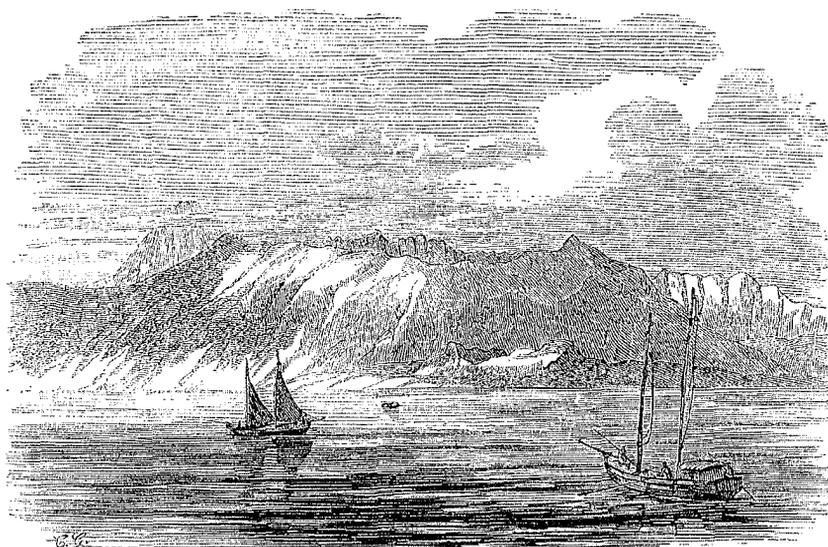


Iglesia y plaza de Chinandega.

chas al año, sin necesidad de resembrar la planta, sino cada diez a catorce años. Los trapiches eran de maquinaria importada de Inglaterra y los Estados Unidos, que embarcados habían dado media vuelta al mundo, pasando por el estrecho de Magallanes, para poder suplir a la industria chinandegana. Entre los huertos de la finca señoreaba el árbol de fruta de pan, importado de Hawaii, sin que lograrse sustituir a la tortilla de maíz preferida como *bastimento* por los nicaragüenses.

No podía faltar en el itinerario de Squier una vista a El Realejo, en ese entonces el principal puerto nicaragüense sobre el litoral del Pacífico, si bien ya para entonces surgía San Juan del Sur como una mejor opción para acortar el tránsito de los aventureros que se embarcaban rumbo a California en busca de oro.

El Realejo contaba entonces con un poco más de mil habitantes, la mayoría dedicada a la estiba en el puerto, o a suministrar provisiones y carbón a los barcos, pero las condiciones de atraque se tornaron tan dificultosas, debido al avance de los manglares, que ya desde entonces se pensaba trasladar las actividades a un nuevo puerto, que se llamaría Corinto, mientras los especuladores propiciaban la venta de 420 lotes en el nuevo asentamiento, a precios que oscilaban alrededor de us\$ 30 dólares la vara cuadrada.



El volcán Cosigüina visto por Squier desde el golfo de Fonseca.

En uno de sus últimos viajes, Squier alcanzó el extremo más occidental del país, cuando surgieron conflictos en Honduras y El Salvador, países que recurrieron a la mediación del diplomático norteamericano. En esa circunstancia se embarcó en el Estero Real, cruzó el golfo de Fonseca rumbo a la isla del Tigre en Honduras y al puerto de La Unión en El Salvador.

En esa ocasión, Squier partió de El Viejo y se dirigió primeramente al puerto de Tempisque, a orillas del Estero Real. Una tupida montaña de cedros y caobas se interponía entonces entre ambas localidades, A continuación llegó a una loma despejada, formada de lava, donde medraban palmeras de coyol, junto con matas de piñuelas y cardones. Aquí Squier muestra, una vez más, su acucioso espíritu de observación vegetal:

El coyol es una de las palmeras más ásperas, pero también es de las más útiles. Su flor, llamada corozo, es la más grande y suntuosa del trópico, un gajo de una yarda de longitud y anchura; su color es de oro congelado, envuelto en una vaina café oscura, que encierra las frutas hasta que alcanzan su madurez. Estas son pequeñas, del tamaño de una nuez, y se dan en racimos de muchos cientos. La pulpa parece esperma solidificada y arde casi tan bien con ésta, soltando al macerarla un aceite claro y fino de diversos usos domésticos. El cuesco es duro de un lustre brillantísimo; los artesanos hacen de él anillos y otros adornos... La médula del árbol es blanda y puede comerse cocida. Si en su torno se excava un boquete, pronto éste se llena de una bebida que los indios llaman chicha de coyol, deliciosa y muy saludable pero que, fermentada, se vuelve embriagante.

Desde la loma observaron la extensa planicie aluvial donde serpenteaba el Estero Real, más allá de las copas de infinitos árboles. Llegaron al “puerto” de Tempisque, que consistía únicamente en una solitaria casucha en medio de un fangoso y pútrido manglar: un lugar proscrito, foco de mosquitos y de fiebres palúdicas. Se tuvo que esperar que la marea subiera por las caletas que conducen al Estero, para poder embarcarse en un bongo accionado por remos.

Squier describe los manglares, con su enmarañada raigambre, como un verdadero Estigio, donde sólo escuchaban el graz-

nido de las aves acuáticas y el arañar de los cangrejos sobre los troncos, en una atmósfera saturada de humedad y pestilencia, en medio de un lodazal putrefacto.

La situación de agobio cambió cuando el bongo entró en el tablazo del Estero Real, el canal principal, de unas trescientas yardas de ancho y ocho brazas de profundidad, donde el viajero pudo respirar “con libertad y anchura.” Las riberas estaban inundadas debido a la penetración de la marea; sobre las aguas saltaban cardúmenes de esos curiosos peces, exclusivos del lugar, que llaman *cuatrojos*, que suelen nadar con ojos bifocales a ras con la superficie del agua.

Altos mangles descollaban sobre las riberas inundadas, corriente abajo, formando una verdadera e impenetrable muralla de verdor, solamente atravesada por la vocinglería cacofónica de las aves acuáticas, entre las que se distinguían gráciles garzas blancas y rosadas. Bastaron quince años, después de la aniquilante y desoladora erupción del vecino volcán Cosigüina, para que el Estero Real volviera a poblarse de vida y de esplendor tropical.